Capítulo II

Torreciudad, en la Reconquista de las tierras del Cinca

Ángel J. Martín Duque

Catedrático de Historia Medieval Universal y de España. Profesor ordinario y director del Departamento de Historia Medieval en la Universidad de Navarra

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«Civitas», Torreciudad

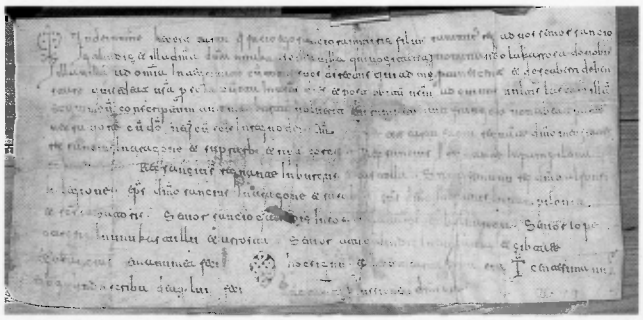
EN el estado actual de nuestros conocimientos se puede afirmar que Torreciudad entra en la historia, es decir, en un horizonte de testimonios escritos fehacientes, exactamente en el año 1066. Esta es la fecha de un documento procedente del archivo de la catedral de Huesca que incluye una mera alusión a Atón Galíndez, *senior* en *Abiçanla et Cibtate*[1]. Se trata del magnate, miembro de la alta nobleza militar del país, encargado del régimen o *tenencia* de esas fortalezas, Abizanda y *Ciudad,* en nombre o *por mano* del monarca, entonces Sancho Ramírez, reinante en Aragón, Sobrarbe y Ribagorza, conglomerado político un tanto singular todavía, apenas 8.000 kilómetros cuadrados de los fragosos cobijos del reborde meridional de la cadena centropirenaica.

Se ha identificado con seguridad aquella *Ciudad* —*Civitas* en latín, *Ciutat* en el romance coetáneo— con la posterior y actual Torreciudad. Resulta un nombre de lugar, un topónimo cuya interpretación plantea graves dificultades que obligaría a remontarse entre sombras bastantes siglos atrás, al menos quizá hasta época romana. La vigencia o perpetuación en el siglo XI de ese locativo genérico —la *ciudad* por antonomasia— insinúa, en principio, posibles reminiscencias de un primitivo círculo tribal indígena o una subyacente circunscripción administrativa romana o tardorromana, con versiones posteriores más o menos evolucionadas hasta el momento que aquí importa. Sin mayores pretensiones, cabe sacar a colación y analizar brevemente, por vía de ejemplo, dos nada más de los abundantes supuestos afines que ofrece la historia comparada.

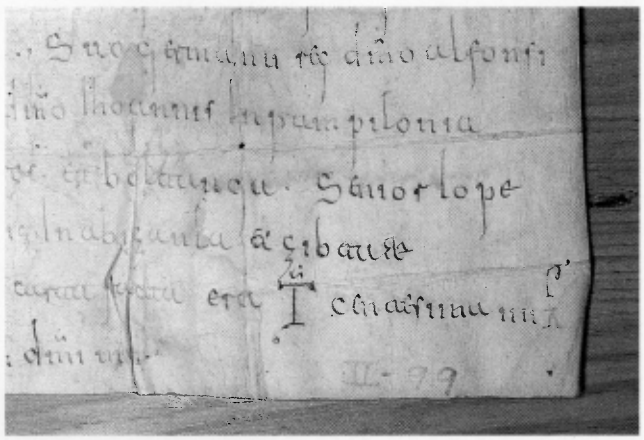
En la propia vertiente hispana del Pirineo se conserva un topónimo de estructura análoga, siquiera con la variante de *castillo* en lugar de *torre:* Castellciutat, encima y a corta distancia de Seo de Urgel. Esta *civitas* evoca, probablemente, la antigua capital o

[1] A. Durán Gudiol, *Colección diplomática de la Catedral de Huesca,* 1, Zaragoza, 1965, núm. 35.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei



Hec est carta facta regnante domino meo frater rex Sancius in Aragone et Suprarbi et Suprarbi et Ripacorça. Rex Sancius regnante in Pampilona. Rex Sancius regnante in Burgus et Castella. Suo germanu rex domino Alfonsi in Legione. Episcopus domno Sancius in Aragone et Sasabi. Episcopus domno Ihoannis in Pampilonia et Sancti Salbatoris. Senior Sancio Galindiç in Sos et in Atares et in Boltagna. Senior Lope Garceiç in Unucastillu et Arrosta. Senior Atu Galindiç in *Abiçanla et Çibtate.* Ego Sancius de manu mea feci *(signo)* hoc signum. Et hec est carta facta era T[a] centesima IIII[a].



PRIMERA REFERENCIA HISTÓRICA A TORRECIUDAD: «Quizá se halle en un documento, conservado original, del conde Sancho Ramírez, hermanastro del rey aragonés de los mismos nombre y apellido, la primera noticia histórica de Torreciudad. Está fechado en 1066 y cita al seniorado o tenencia de su castillo, cuyo titular era Atón Galíndez: *Atu Galindiç in Cibtate*» (Antonio Durán Gudiol).

Documento de 1066, primera referencia histórica a Torreciudad.

centro de convocatoria de los Urgelitanos, poblaciones de la cuenca centrosuperior del Segre, acaso un subgrupo del gran conjunto étnico prerromano de los Cerretanos. Arrebatada la comarca a los musulmanes a finales del siglo VIII, la monarquía francocarolingia restauró o reorganizó a comienzos de la siguiente centuria la demarcación civil —el condado— y la correlativa diócesis eclesiástica, coincidentes en su estructura geográfica con el precedente municipio o *civitas* de tradición romana. La nueva catedral o sede diocesana debió de cambiar entonces su emplazamiento, trasladada a un paraje próximo, más llano y abierto, junto a la orilla del río; y a su abrigo se desarrolló otro núcleo de población. Hubo, de este modo, un proceso de desdoblamiento de la urbe urgelense. En lo alto subsistió el arcaico centro, destituido como entidad organizadora de la comarca, la sede abandonada y despojada incluso de su antiguo determinante (Urgel). Abajo creció la nueva *ciudad,* alrededor de la remodelada cátedra episcopal, la *seo* o *seu,* sede por excelencia del *territorium* diocesano, la Seo de Urgel.

Casi justamente sobre el mismo meridiano de Torreciudad, aunque al otro lado de la cordillera pirenaica, en una altura que domina también un curso fluvial, el del Arros —afluente del Adour—, ha sobrevivido otra *Civitas,* Cieutat, a siete u ocho kilómetros al nordeste de Bagnères de Bigorre, en el actual departamento francés de Altos Pirineos. Eruditos del siglo XVI estimaron ya que el topónimo revelaba el emplazamiento de la cabecera de una primitiva *civitas* y, por tanto, de un pueblo implantado en la zona antes de la conquista romana. Primero se identificó este pueblo con los Bigerriones, a los que remite directamente el nombre de la actual Bigorra. Pero Ferdinand Lot[2] arguyó que Cieutat habría sido más bien centro de un grupo de menor rango, el de los Onobrisates, ocupantes de la comarca llamada luego Nebouzan, corónimo derivado de *Nepotianus,* posiblemente un magnate local de época merovingia (siglos VI o VII). Por su escasa extensión, Nebouzan no llegó a configurar un condado, sino que se integró como *pagus* —y vizcondado— en el condado carolingio y postcarolingio de Bigorra; por ello mismo tampoco formó una diócesis y también en lo eclesiástico quedó adscrito a Bigorra y a su sede episcopal de Tarbes.

El de Torreciudad es un caso más complicado, con mayores enigmas. La larga ocupa-

[2] F. Lot, *L'enigme de Cieutat,* Revue des études anciennes, 52, 1950, pp. 300-305. (Reimp. en Recueil des travaux historiques, 3, Ginebra-París, 1973, pp. 285-290.)

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ción musulmana de la región, tres siglos y medio, y la oposición cristiana desde la alta montaña, alteraron considerablemente el ordenamiento del territorio y borraron, sin duda, gran parte de sus huellas. ¿Qué comunidad étnica pudo conformar esta hipotética *civitas* de la cuenca superior del Cinca?

Llama la atención la amplitud del espacio de asentamiento que suele asignarse en la antigüedad hispana, prerromana y romana, al bloque de pueblos ilergetes, con centro en Ilerda (Lérida). Acaso responde a un cierto fenómeno de progresión de estas gentes y su cultura hacia el Pirineo central, incoado ya en vísperas de la ocupación romana. Este dinamismo pudo contribuir a difuminar la personalidad del marco étnico propio del alto Cinca. Sin embargo, todavía en el siglo VI se conservaba el recuerdo de un distrito o *terra* Barbitana, próximo a los de Terrantona y las *terras* Boletana y Labetolosana[3]. Se trata de circunscripciones menores dentro de una posible *civitas,* la que tal vez reprodujo más tarde la administración musulmana de la zona, la demarcación interpuesta entre las de Huesca y Lérida y que los historiadores y geógrafos árabes, siempre arcaizantes en sus descripciones étnicas y territoriales, denominan Barbitania. Según el profesor Antonio Ubieto Arteta, se extendería entre Boltaña y Monclús por el norte y Antillón y Selgua en el sur, englobando Graus, Muñones, Alquézar, Entenza, Barbastro[4].

Se ha señalado como centros organizadores de este distrito barbitano las localidades de Boltaña en un primer período —hasta la consolidación de la resistencia cristiana en la cabecera del Cinca, a comienzos del siglo X— y luego Barbastro. Ambas parecen algo excéntricas como núcleos de la *civitas* preexistente a la dominación del Islam. ¿No cabría situar su primitivo punto de convocatoria hacia Torreciudad o sus alrededores? Podría explicarse así la perpetuación del topónimo *Civitas* que recoge la documentación desde la segunda mitad del siglo XI. Por muy temeraria que se juzgue la hipótesis, aquí se consigna con las debidas reservas, sobre todo como reto estimulante para los especialistas responsables de la recuperación, clasificación e interpretación de los materiales arqueológicos, los rastros toponímicos y demás testimonios de la primitiva historia de la región.

Marco geohistórico

Las tierras del alto Cinca y sus afluentes, hasta el Esera y el Isábena hacia oriente, y hasta el Alcanadre y el Guatizalema hacia poniente, se caracterizaron durante más de tres centurias por su condición fronteriza, bordeando el Somontano de Barbastro donde el régimen musulmán había echado hondas raíces. La toponimia invita a distinguir dos bandas o subsectores geográficos correspondientes a otros tantos horizontes cronológicos de la prolongada pugna de los núcleos cristianos de oposición al Islam extendidos por los contrafuertes de las crestas centropirenaicas.

En el rectángulo superior, unos 600 kilómetros cuadrados al norte de las sierras del Olsón-Arbe y de Campanué y entre los valles del Ara y del alto Esera, ha detectado el profesor Antonio Ubieto Arteta, con su habitual agudeza, una acusada densidad de nombres de lugar formados por la voz *muro* o su diminutivo. Cabe recordar, como ejemplos, un Muro sobre el Ara, a unos 15 kilómetros de Boltaña; al norte de esta última localidad, un Murillo (de San Pietro), a seis o siete kilómetros, y otro Muro, a unos cinco kilómetros, sobre el Cinca y junto a Escalona; Murillo de Tou, cinco kilómetros al sur de Aínsa, en la derecha del Cinca, y enfrente, en la otra orilla, Muro de Roda; muy cercano a éste, a cuatro o cinco kilómetros, Morillo de Monclús, y poco más de 12 kilómetros hacia el este, otro Morillo (de Liena), junto al Esera. Esta reiteración de *Muros* sugiere un dilatado período de resistencias y encastillamiento de grupos humanos al norte del paralelo de Aínsa, en el primitivo Sobrarbe; alcanzaría hasta comienzos del siglo XI.

La franja inferior, de unos 30 kilómetros de profundidad y hasta el paralelo de Barbastro más o menos, puede distinguirse por la abundancia de locativos construidos con variantes de las voces, en este caso sinónimas, de *castillo, castro, torre.* Pueden citarse entre otros ejemplos, Castellazo, entre Buil y

[3] A. J. Martín Duque, *Observaciones a los fragmentos del "Kitab ar-Rawd al-Mitar" referentes a Navarra y Aragón,* Argensola, 7, 1956, pp. 357-361.

[4] Antonio Ubieto Arteta, *Historia de Aragón. La formación territorial,* Zaragoza, 1981. La síntesis más moderna, cuantiosa y documentada, que ha facilitado la recopilación de los materiales del presente bosquejo.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Los Paúles; Castejón (de Sobrarbe), tres kilómetros al sur de Morillo de Tou; Secastilla, sobre Torreciudad; sierra del Castillo de Laguarres; Caserras del Castillo y Castillo del Pla, al sur de Benabarre; Castigaleu, 20 kilómetros al este de Graus; *Castro* de Ribagorza, en las laderas del Turbón; Castrocit, también en Ribagorza y cerca del antiguo monasterio de Obarra; Castro, en las alturas entre Graus y El Grado; Castarlenas, unos siete kilómetros al sureste de Graus; al norte de esta misma población, Torre de Esera y Torre de Obato, a cuatro y cinco kilómetros, respectivamente; a nueve kilómetros, sobre el Isábena, Torrelabad; a ocho kilómetros por el sureste, Torres del Obispo. Denotan, quizá, unos incipientes despliegues desde la alta montaña, y el esbozo de un cierto sistema de alerta y ofensiva sobre el Somontano, hasta los accesos de *Hispania* —la Hispania musulmana— como el de Portaspana *(puerta de Hispania),* a tres kilómetros de Graus; apuntan al clima de fluidez y sucesivas rupturas de la frontera en pleno siglo XI. En el mismo rectángulo, el topónimo Puebla rememora la fase ulterior de consolidación del dominio cristiano y la repoblación, el alejamiento definitivo hacia el sur del frente con el Islam. En estas circunstancias se desdoblan algunos de los núcleos alojados antes como nidos de águila en vértices de difícil acceso y anchas perspectivas. Así, Castro, 744 metros sobre el nivel del mar, halla su réplica en La Puebla de Castro, 649 metros; Fantova, a 1.004 metros, en La Puebla de Fantova, a 709 metros; Roda, en La Puebla de Roda, junto a la corriente del Isábena.

Prolegómenos de la reconquista

En términos generales se acepta hoy día, unánimemente, que los musulmanes asumieron el control de todo el espacio político hispanovisigodo, incluido su dilatado apéndice transpirenaico de Septimania hasta el curso inferior del Ródano. Pero esta nueva instancia soberana no supuso la ocupación capilar y el gobierno inmediato de todo el territorio, lo cual, por otra parte, ni era factible, ni habría ocurrido en el régimen anterior. Además, en cuanto civilización primordialmente urbana, el Islam propendió a incorporar, sujetar directamente o propiciar sólo los núcleos de población bien comunicados y equipados, con industria artesana, actividades mercantiles y una periferia agrícola proveedora de suficientes productos alimenticios. Las áreas marginales, con un medio físico ingrato, demográfica y económicamente deprimidas, continuaron en general bajo el gobierno de los antiguos magnates de estirpe indígena —hispanovisigodos— sometidos mediante capitulación y convertidos o no al Islam. El reconocimiento de la soberanía musulmana sólo comprometía a rendir el tributo acordado; se respetaban, por lo demás, la religión, las formas de vida y los cuadros locales de poder tradicionales. Éste debió de ser el estatuto inicial de los grupos humanos en gran parte de la orla de altos valles del Pirineo.

En esta zona, la idea de liberación cristiana y oposición al Islam se propagó, como es sabido, por contagio desde la monarquía francocarolingia tras su ocupación de Septimania (Galia Gótica) y, sobre todo, a partir de la famosa expedición de Carlomagno hasta las puertas de Zaragoza. En el tramo pirenaico oriental se produjo una reacción en cadena y una profunda penetración cristiana que, tras la rendición de Barcelona (801), encuadró sólidamente en el reino franco toda la *Cataluña Vieja,* hasta el valle del Llobregat, el bloque de media docena de condados hispanos que Ramón de Abadal denominó atinadamente *Precataluña carolingia.*

Al segmento occidental de la cordillera, ese primer estímulo franco llegó amortiguado, operó durante corto tiempo y no alcanzó a diseñar una armadura política de contornos precisos. El reino de Pamplona solamente se consolidó tras la recepción posterior de las consignas que habían animado el despliegue territorial y la maduración institucional del núcleo de resistencia de la cornisa cantábrica; y cuando el poso mozárabe de la alta Rioja, ganada por Sancho Garcés I (905-925), contribuyó a modelar la imagen mental —de perfiles *neogóticos* también— de la joven monarquía, partícipe del proyecto político ovetense de *salvación de Hispania.*

Sobre el Pirineo central, la intervención carolingia legó unos microespacios políticos, con categoría formal de condados, abandonados pronto a su suerte. Aunque autónomos de hecho, sus titulares no se consideraron nunca soberanos, pues de lo contrario hubiesen mudado su dignidad de condes por la de reyes. Pallars y Ribagorza, inicialmente pedúnculo cispirenaico del condado de Tolosa, se instituyeron a finales del siglo IX en con-

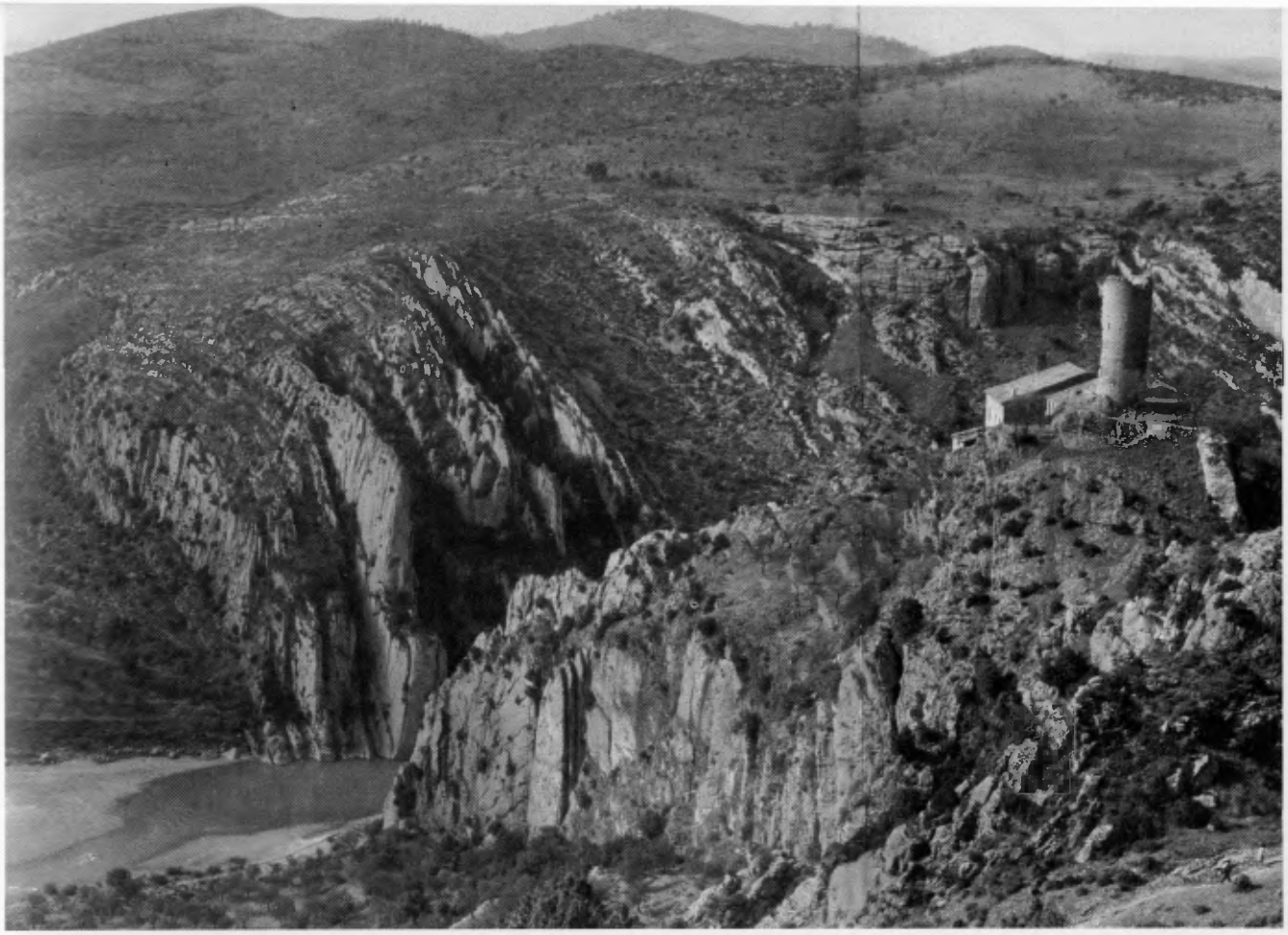
Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

dado propio, segregado prácticamente de la monarquía franca. Bastante antes se había despegado de esta misma el microcondado de Aragón, enmarcado luego —primer cuarto de siglo x— en la dinámica monarquía pamplonesa, a la cual iba a soldarse también una centuria después el condado de Ribagorza, despojado ya de Pallars. En ambos casos no procede hablar de anexión, sino de unión dinástica, pues los primitivos condados conservan su personalidad histórica, sus estructuras sociales, sus tradiciones culturales.

En la cabecera del Cinca, los ínfimos reductos cristianos de Sobrarbe no habían llegado a conformar una entidad política concreta; habían basculado, al parecer, entre Aragón y Ribagorza. Bajo Sancho el Mayor (1004-1035) resultaron bisagra necesaria para el control de este último condado; y, por otra parte, en Sobrarbe, el frente musulmán, con base en Barbastro y favorecido por el relieve, avanzaba más profundamente hacia las cumbres que en el resto de la línea de fronteras.

Tras las incursiones y depredaciones de Almanzor y de su hijo Abd al-Malik, especialmente devastadoras en las cuencas del alto Cinca, y explotando lógicamente el derrumbamiento de la superestructura califal de Córdoba, Sancho el Mayor robusteció metódicamente sus defensas sobre las cimas y collados de las sierras prepirenaicas de Loarre, Gratal, Guara y Arbe-Olsón, al oeste del Cinca, y en el este las estribaciones de sierra Ferrera y el Turbón y la sierra del Castillo de Laguarres. En el bordillo y algunos salientes orientados hacia el sur de esta muralla natural, y sobre los desfiladeros que la cortan perpendicularmente, se sembró un inteligente dispositivo de vigilancia y hostigamiento a corta distancia, con vértices estratégicos en Cacabielo, sobre el Gállego; Loarre, Nocito, sobre el Guatizalema; Secorún, sobre el Alcanadre; Boltaña y Buil, a la derecha del Cinca; San Martín, a la izquierda; Monclús, Palo, Troncedo, quizá Perarrúa, sobre el Esera; y Fantova, en Ribagorza. Este bien trabado cinturón de cobertura, que servía al propio tiempo como corredor y nexo de las diminutas parcelas de un reino tan descabalado en su geografía, articulaba unas pistas aptas para disparar en la nueva generación sus puntas de lanza sobre los somontanos vecinos.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei



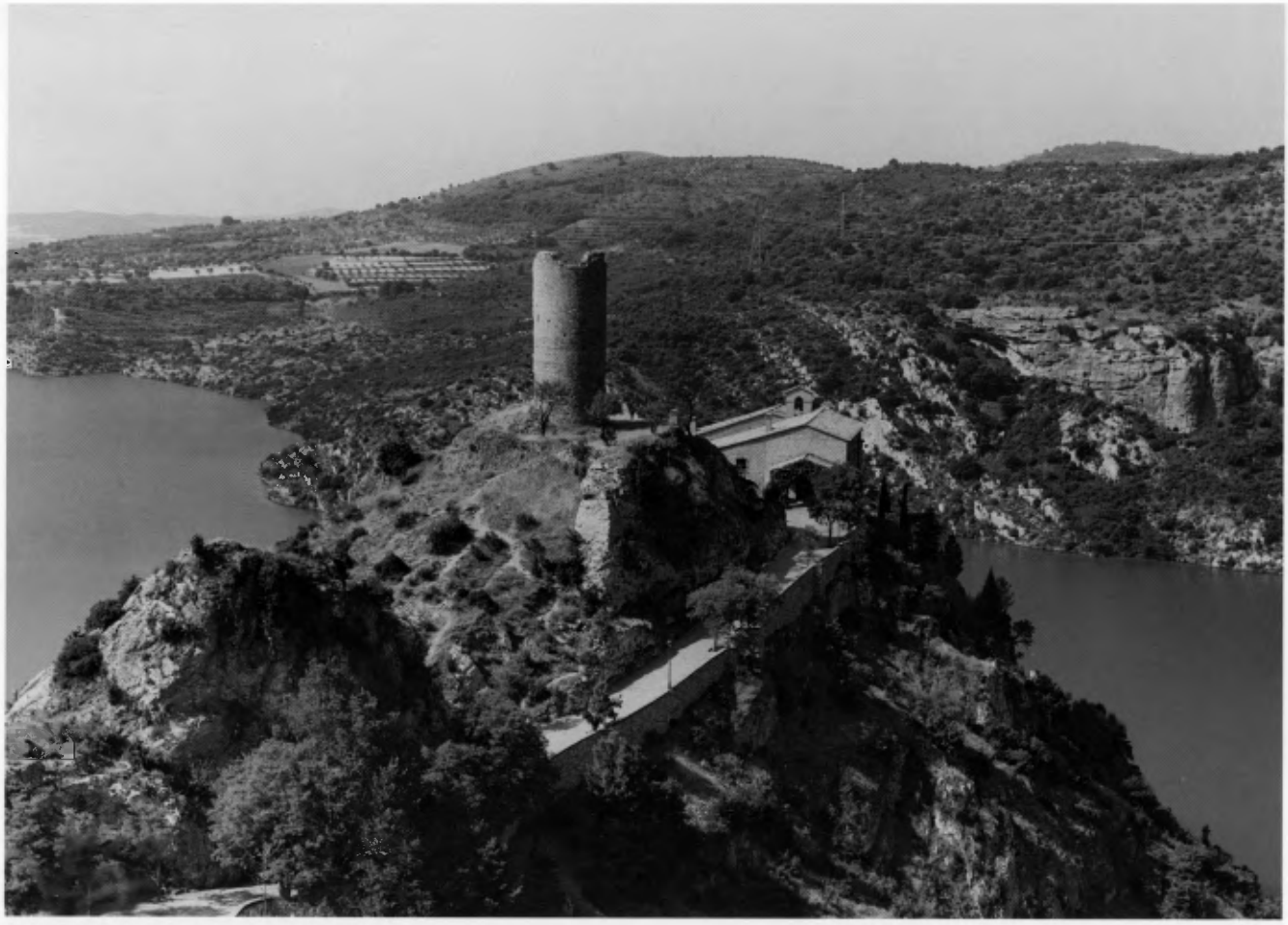
Progresión cristiana hasta Barbastro

Huelga abordar aquí el tema de la sucesión de Sancho el Mayor, monarca vertebrador de las reservas cristianas entre la recóndita y abatida Ribagorza y la Castilla condal primigenia que avizoraba anhelante sus dilatadas extremaduras. Recientes investigaciones han arrojado nueva luz arrumbando las interpretaciones anacrónicas y los tópicos acuñados por una historiografía que, anclada en los hechos y criterios exclusivamente políticos, ignoraba el peso y la incidencia de los valores y tradiciones culturales y de los vínculos sociales y de linaje en la mentalidad y los comportamientos de los hombres y las minorías rectoras de la época. Baste, sin embargo, señalar ahora que una conjunción singular de eventos circunstanciales permitió a Ramiro I tomar a su cargo las riendas del poder público en Aragón, Sobrarbe y Ribagorza. Afianzó el cordón defensivo organizado por su padre, Sancho el Mayor, y adelantó discretamente algunas de sus posiciones, revelando así propósitos agresivos, particularmente sobre el valle del Cinca y en el glacis meridional de Ribagorza, con objetivos todavía inalcanzables, Barbastro y su avanzada de Graus. En el primer sector se fortificaron Sarsa y Eripol sobre el alto Vero, Olsón, Abizanda, Samitier y Clamosa, a una y otra orilla del Cinca; en el segundo, Capella, Laguarres, Lascuarre y Benabarre hasta Luzás, Viacamp y Montañana. En esta última dirección, el conde Armengol III de Urgel, su vasallo el vizconde de Ager y, luego, el conde barcelonés Ramón Berenguer I progresaron hasta Caserras, Estopiñán, Pilzán, Purroy y Antenza.

Un error de cálculo parece que condujo a un amago frustrado contra Graus. La conocida *cruzada de Barbastro* (1064), tramada quizá por el conde de Urgel, debe considerarse como una intromisión episódica, cuyo éxito hubiese complicado tal vez el tablero político de la zona. Interesa más como primer respaldo solemne de la reconquista hispana por parte de la más alta instancia moral de la Cristiandad, el Romano Pontífice, que dispensaba la remisión de la pena temporal debida por sus pecados a quienes, confesados y arrepentidos, participaran en la pugna contra los infieles.

Barbastro había tornado en pocos meses a

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei



poder del Islam. Para comprender en sus justas dimensiones las empresas cristianas de aquel período, conviene valorar, siquiera esquemáticamente, las fuerzas contrarias. El próspero reino *taifa* de la cuenca del Ebro central disponía de un amplio escudo protector de su capital, Zaragoza, cuartel general bajo el califato de la extensa Marca o Frontera Superior; sus principales puntos de apoyo se desplegaban hacia el norte en un semicírculo de núcleos urbanos, Tudela, Ejea, Huesca, Barbastro, Fraga, plazas de momento inexpugnables. El régulo Al-Muqtadir (1046-1081), de la estirpe de los Banu Hud, potenció sus recursos adueñándose de las taifas de Tortosa y Denia con Baleares, precisamente cuando Sancho Ramírez, rey de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza, era alzado nuevo soberano de Pamplona (1076) y duplicaba también su poderío. Al cabo de un lustro se produjo, sin embargo, el fraccionamiento de aquel considerable dominio de los Banu Hud: Al-Mutamin (1081-1085) y luego Al-Mustain (1085-1110) detentaron Zaragoza y su área de influencia, de la cual se había desprendido Lérida; esta zona leridana quedó con las taifas de Tortosa y Denia bajo el gobierno de Al-Mundir (1081-1091), cuyo sucesor Sulayman iba a perder tanto Denia (1092) como Tortosa y Lérida (1098-1099) a manos de los almorávides, pronto debeladores también de la taifa zaragozana (1110). Aparecen, pues, el lustro 1076-1081 y luego el año 1110 como ejes de inflexión de especial relieve en la pugna de la monarquía cristiana del norte con el régimen musulmán de las llanuras.

Torreciudad, ocupada por los cristianos en 1066, o poco antes, se eclipsa sintomáticamente de la documentación en 1076. Algo parecido ocurre con Secastilla. Poco después (1078) se registra un fallido asedio musulmán de Alquézar, posición cristiana desde 1067. Estos vaivenes de la frontera del Cinca, como la liberación musulmana de Barbastro (1065) frente a los *cruzados* o el revés cristiano ante Graus —que el profesor A. Ubieto data en 1069— demuestran las posibilidades de reacción de régulo hudí de Zaragoza, capaz también de comprar a peso de oro y plata, por ejemplo, la tranquilidad de su frontera con el reino de Pamplona e incluso la alianza defensiva de su soberano Sancho Garcés IV el de Peñalén.

Aunque respaldado moralmente por la Santa Sede desde su viaje a Roma (1068), y

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

alentado acaso por la movilización de una nueva *cruzada* en su ayuda, proclamada igualmente por el Papa Alejandro II, patrocinada luego por Gregorio VII y dirigida por el conde Eblo II de Roucy (1073), su pariente, el rey Sancho Ramírez no pudo, probablemente, trazarse un programa factible y coherente de acciones ofensivas hasta que, asentada su realeza en Pamplona, duplicó la extensión —en total ya unos 16.000 kilómetros cuadrados— y, por tanto, el número de caballeros, *milites,* de la monarquía; y, por otra parte, la muerte de Al-Muqtadir (1081) mermó, según se ha indicado, la prepotencia de la taifa cesaraugustana. Precisamente en ese mismo año el soberano aragonés se aventura en una arriesgada correría hasta tierras de Zaragoza, cuya conquista maquinaba por cierto también el rey castellano-leonés Alfonso VI. Asimismo, parece que en 1081 se expugnó *Castro Muniones,* identificable con la actual Castro; la efemérides se conmemora en los documentos expedidos poco después, pues la posesión de tal fortaleza, reputada como inexpugnable, permitió el estrangulamiento y asalto final de la notable plaza de Graus (14 de abril de 1083).

Se intuye desde entonces un plan de ofensiva sistemática con acciones selectivas en los puntos más vulnerables del amplio arco de la frontera. En el flanco occidental se cabalga a través de la Bardena para apostar en Arguedas (1084) una atalaya de observación y acoso sobre Tudela y su huerta. Pero de momento se golpea con mayor fuerza en la cuenca del Cinca, para sacar partido, sin duda, del éxito obtenido en Graus. En julio de 1084 cae Secastilla y se recobra definitivamente *Civitas,* Torreciudad. La batalla de Pisa (Piedra Pisada), entre El Grado y Naval, abre asimismo las puertas de estas dos plazas.

La pérdida de Naval dos años después obligó a demorar el ataque frontal a Barbastro. También en la otra extremidad de la frontera se debió renunciar al asalto de Tudela, ante la que fracasó una tercera *cruzada* ultrapirenaica (1087). Se optó, en cambio, por la organización de continuas incursiones de distracción y desgaste en todo el frente. El segmento oriental se hallaba ya a cargo directamente de Pedro I, a quien su padre, Sancho Ramírez, había asociado a la corona encomendándole (1085) el *reino* de Sobrarbe y Ribagorza. El joven príncipe manifestó enseguida grandes dosis de iniciativa y audacia. A la toma de Estada (1087) siguió un espectacular golpe de mano que reportó Monzón (1089) y, Cinca abajo, permitió alcanzar Zaidín, amenazando ya Fraga. Como no era posible todavía atacar frontalmente Barbastro, bien fortificada, se diseñó —como en el caso de Graus y otros— una operación de tenaza a medio o largo plazo. De momento se habían interceptado sus comunicaciones con Fraga y Lérida. La profunda cuña de Monzón y su comarca sirvió, además, a Pedro I de plataforma para adentrarse intrépidamente, como su amigo y aliado el Cid, en zona enemiga hasta la costa levantina, sobre la que instaló un lejano enclave aragonés, desarrollado a partir de Culla (1093), en el interior, hasta Oropesa y Castellón; dueños de Valencia tras la muerte del Cid, los almorávides barrieron también estos reductos cristianos, de momento inviables.

Castillo de Monzón.

Aunque fortificó Montearagón (1086-1087), esquilmó nuevamente las cercanías de Zaragoza (1089) y plantó sobre ella el puesto de vigilancia de El Castellar (1091), Sancho Ramírez halló la muerte (1094) sin haber ga-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

1

2

3

1. Iglesia y restos del Castillo de Castro.
2. Abizanda.
3. Artasona.

nado Huesca, como pretendía. Sobre esta ciudad concentró entonces sus fuerzas Pedro I hasta lograr rendirla tras la sonada batalla de Alcoraz (1096). Había llegado la hora de Barbastro. En las operaciones previas del cerco a media distancia había descollado sin duda Calvet, *senior* de Torreciudad desde 1090 y que *tenía,* además, por el rey Olsón y Abizanda, en su inmediata retaguardia. Reocupadas Naval y otras plazas próximas (1095), fueron encomendados a dicho magnate los lugares de Hoz, Salinas de Hoz, Paúl y Artasona, por lo que parece habérsele hecho responsable de los movimientos de aproximación a Barbastro por el norte. Los avances efectuados siguiendo el curso de Alcanadre habían reducido las conexiones de la ciudad con Zaragoza, la vía de Berbegal, Peralta de Alcofea, Ballerías y los Monegros, amenazada además en sus dos flancos.

A las destrucciones de cosechas se añadió (1099) la fortificación de El Pueyo, cuatro kilómetros al oeste, y Castejón del Puente, a diez kilómetros por el sur. Ahora, la capitulación no se hizo esperar. El 18 de octubre de 1100 hacían su entrada en Barbastro los caballeros de Pedro I. En poco tiempo fueron cayendo los demás lugares de su radio de influencia, como Sariñena (1100), Ontiñena (1101), Alcolea de Cinca y Peralta de Alcofea (1102).

Reconquistada Barbastro, había perdido Torreciudad su carácter de bastión fronterizo, su función clave en el avance cristiano por el Cinca como nexo entre las posiciones de retaguardia y las que se ganaban, palmo a palmo, al enemigo. A su *senior* Calvet encargó, finalmente, Alfonso I el Batallador, la excepcional *tenencia* de la propia ciudad de Barbastro (1107-1110), lo que confirma el eminente papel que había desempeñado en la reconquista del primitivo distrito barbitano[5].

[5] Agustín Ubieto Arteta, *Los «tenentes» en Aragón y Navarra en los siglos XI y XII,* Valencia, 1973. Recoge todas las referencias documentales de los seniores de Torreciudad: Atón Galíndez (1066-1076), también en Abizanda y Morcato (1055-1076), Olsón (1069-1076) y Nocito (1068-1092); Calvet (1090-1114), también Abizanda (1091-1114), Olsón (1090-1114), Paúl, Salinas de

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Olvena.

Alquézar.

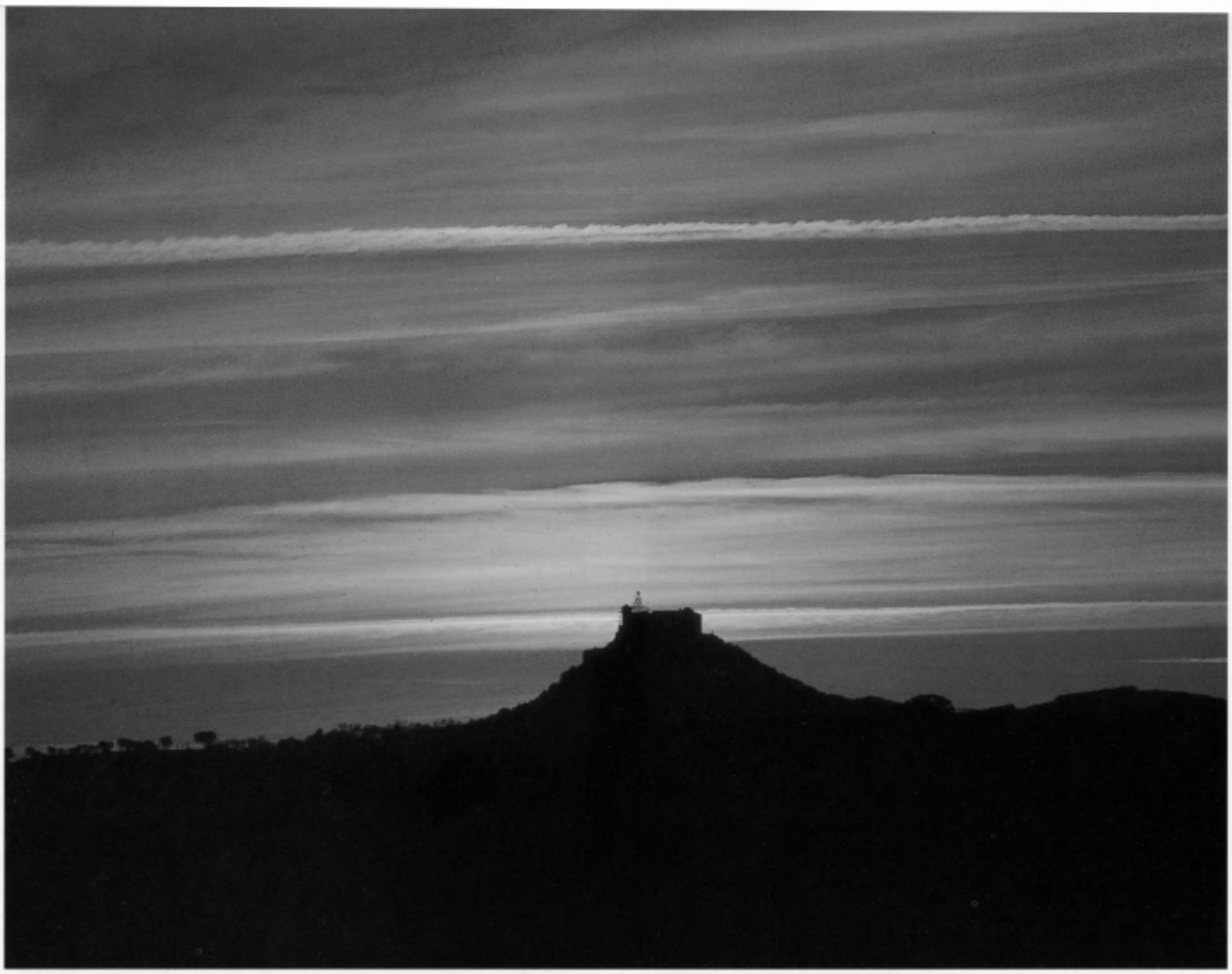
Cruzada y reconquista

La primera ocupación cristiana de *Civitas,* Torreciudad (1066), pudo ser resultado de un golpe de mano a corto radio de los *milites* sobrarbenses de la raya fronteriza, encastillados ya en Buil, Abizanda y Clamosa. Aprovecharían quizá el pasajero desconcierto causado en las defensas musulmanas por la malograda *cruzada* de Barbastro (1064-1065). La idea de cruzada, tan precozmente llegada a territorio hispano, treinta años antes de que informara la primera gran misión armada a Tierra Santa, añadió una alta envoltura formal —el patronazgo espiritual explícito de la Sede Pontificia, y la movilización de oraciones y ocasionalmente contingentes armados extrapeninsulares, con frecuencia inoperantes— a la empresa secular de reconquista. Ésta había animado ya durante más de tres centurias a los pequeños reductos cristianos del Pirineo, alumbrados desde el fermento —activo primero, parcialmente larvado después— de las virtualidades de liberación cristiana del país derivadas de la implantación carolingia en el segmento oriental de la cordillera. Su proyecto político se había definido un siglo después, encarnándose en el cuerpo social como soporte ideológico al calor de la difusión desde la monarquía astur y los ambientes mozárabes de una tradición alimentada vigorosamente por el foco mental de la *salvación de Hispania:* la imagen irrenunciable de aquella Hispania traicionada y perdida, con hombres, sin embargo, que habían antepuesto sus convicciones sobre la vida y el cosmos a todas las presiones sociales y las ventajas brindadas por la conversión al credo de los poderes dominantes del Islam.

Las corrientes de cruzada y reconquista confluyen en los reinos hispanocristianos durante el último tercio del siglo XI. Esta conjunción determina, por un lado, ondas periódicas, desiguales en su caudal y eficacia, de la caballería feudal ultrapirenaica hacia la palestra peninsular contra el Islam, particularmente en la cuenca del Ebro; sin

Hoz y Hoz (1095-1114) y Barbastro (1107-1110); Fortún Aznar (1130-1132); Lope Fortuñones (1134-1135), también Albero Alto (1118-1135), Peña (1125-1128), Pola y Pertusa (1128-1135), Horta (Tortosa, 1133), Sieso y Loarre (1134-1140); Galindo Jiménez de Pozán (1135-1150), también Alcalá (1135-1169), Pola (1136-1150), Chalamera (1146-1174), Belchite (1149-1174), Huesa y Albalate (1154-1174), Novales y Argavieso (1158-1174) y Martín (1163-1169), y Fortún de Estada (1192), también Estada (1158-1192), Monclús (1162-1192), Estadilla (1164-1192) y Abizanda (1174-1192). Para la tenencia como dispositivo militar, Juan F. Esteban Llorente y Manuel García Guatas, *Fortificaciones cristianas y ordenación fronteriza en el siglo XI. Forma y función de la arquitectura militar,* Primer Coloquio de Arte Aragonés, Teruel, 1978, abriendo sugestivas vías de investigación.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei



Monasterio del Pueyo

olvidar colaboraciones aisladas del período precedente, esa contribución se inscribe entre la *cruzada* de Barbastro (1064) y el cuantioso y cualificado reclutamiento que coadyuvó en la caída de Zaragoza (1118). Conviene valorar, por otra parte, los tesoros de oración que en las instituciones eclesiásticas y conciencias de Occidente rindieron los ecos de las sucesivas convocatorias, fecundadoras también de las rutas de peregrinación e intercambios culturales, y de las vías y encrucijadas que articulaban y enriquecían —social y económicamente— el proceso repoblador de los espacios interiores y los ganados con esfuerzo en la frontera.

Reorientada definitivamente hacia Jerusalén, la cruzada por antonomasia aguijoneó también el alma de monarcas y magnates hispanos. Pedro I tomó la cruz y se aprestaba a marchar en defensa de los Santos Lugares cuando el Papa Pascual II impidió este posible despilfarro o dispersión de energías. La defensa y dilatación del pueblo cristiano tenía en la península su propio escenario; la reconquista se equiparaba espiritualmente a la cruzada. El monarca aragonés comprendió la admonición pontificia y en su inmediata cabalgada hasta los aledaños de Zaragoza bautizó con el lema de los cruzados *(Dios lo quiere, Dius lo vol,* Juslibol) el enclave que tenía como horizonte casi palpable la capital de los Banu Hud. Con mayor viveza todavía se aprecia esta simbiosis mental en Alfonso I el Batallador; en sus reiteradas campañas de reconquista y en sus largas correrías por Levante y Andalucía parece desear nerviosamente salvar las aguas mediterráneas y contemplar Jerusalén, a la que en sus más representativas instituciones —el Santo Sepulcro, el Templo, el Hospital— quiso instituir heredera primogénita de sus reinos, sus bienes y su espada.

Se ha presentado en ocasiones la reconquista como un proceso social conducido por estímulos exclusivamente temporales, desembocadura obligada de los excedentes demográficos en los macizos montañosos, y de los correlativos impulsos depredadores

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

de pastores guerreros, liberación necesaria de energías de grupos belicosos, volcados sobre los núcleos urbanos más refinados y las cuencas y llanuras más fértiles y acogedoras. Desde estas perspectivas se orillan a veces la continuidad y la coherencia del empeño reconquistador, nutrido en todas sus alternativas de avances y retrocesos por una confianza inquebrantable en la asistencia divina. Los soberanos tienen certeza de que tarde o temprano se irán cumpliendo sus objetivos. No tienen reparo, por ejemplo, en prometer y repartir mercedes en los dominios infieles, a veces todavía lejanos; dispensan así donaciones anticipadas en Huesca, Barbastro, Zaragoza, Tortosa, etc., a la expectativa de que Dios les conceda estas plazas y tierras. Y en los triunfos más sonoros, como la captura de Monzón, proclaman expresamente su gratitud al Altísimo. Son exponentes de una actitud mental que no procede subestimar.

Los baluartes defensivos de mayor relieve, los jalones estratégicos clavados sobre las zonas de ocupación, no se consideran meros puntos militares de apoyo. Se erigen también con frecuencia en santuarios, donde la oración y el culto divino tratan de explicar y purificar los afanes de los hombres, con sus grandezas y servidumbres, y les comunican sentido trascendente que impregna generación tras generación las conciencias y el cuerpo social. Al aludir al vértice fronterizo más imponente del reino de Pamplona en el siglo x, el castillo *más sólidamente construido y el que ocupa una posición más elevada,* los propios autores árabes lo denominan de *Santa María,* sin otro apelativo, luego Santa María de Ujué[6]. Entre otros muchos ejemplos de castillos-santuarios, debe contar el de la misteriosa *Civitas* del alto Cinca, torre, fortaleza clave de una fase de la reconquista, pero, sobre todo, sede de Santa María desde su definitiva inserción en la monarquía cristiana del Pirineo.

Tras el insólito fracaso ante Fraga y la muerte (1134) del gran debelador del Islam en la cuenca del Ebro central, Alfonso I el Batallador, se hunde el frente cristiano del Cinca inferior, los musulmanes cobran la iniciativa, rescatan Monzón y Sariñena y alcanzan los arrabales de Barbastro (1138), *muro y defensa de toda nuestra patria,* como gemía el obispo Gaufredo al conceder indulgencias a cuantos acudieran a defender la ciudad. En esta emergencia debió de contar por última vez como quicio militar de las tierras del Cinca el baluarte-santuario de Torreciudad. Pasada luego la tormenta y distendida progresivamente hacia el sur la frontera del reino aragonés, perdió para siempre la posición de privilegio que había ocupado en el sistema de puntos de apoyo de la reconquista del contiguo somontano. Con todo, junto a las piedras y los ínfimos vestigios del arcaico dispositivo bélico, permaneció la imagen de Santa María, providencial testimonio de un mensaje siempre fresco de esperanza y reconciliación.

---

[6] J. M. Lacarra, *Santa María de Ujué,* Al-Andalus, 12, 1947, pp. 484-485.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

© *by* EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei